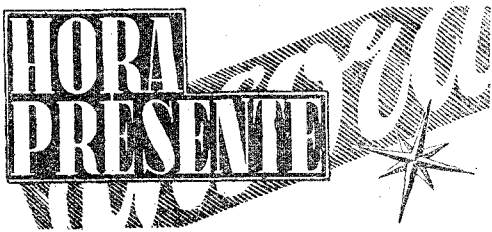


anconra

SAN FELIU DE GUIXOLS - 5 MARZO 1959
NÚM. 571 AÑO XII

LA SOLIDARIDAD



El corazón humano tiene indudablemente sus contradicciones. En él se albergan los extremos pasionales más opuestos. Así los dirigidos hacia el bien como los que conducen a la acción destructora y delictiva. En su interior, lo mismo se fragua el odio que el amor, la generosidad que el egoísmo, la impiedad que la abnegación.

Cuando los malos sentimientos concurren en un individuo o en una colectividad da motivo para que alguien afirme que el corazón humano es malo por naturaleza, y que por esfuerzos que se hagan para corregirlo siempre resurgirán sus atávicas inclinaciones hacia el mal, así que la ocasión se presente. Y al contrario, si en determinadas circunstancias se produce un movimiento de total entrega al bien del prójimo, de ayuda al acosado por la desgracia, no faltará tampoco, y con mayor razón, quien proclame que la bondad y el altruismo son atributos consubstanciales al corazón del hombre.

Y decimos con mayor razón porque damos por descontado que son los factores positivos de la ética los que han de prevalecer sobre los contrarios y los que dan un grado de superioridad al hombre sobre las demás especies.

Una de las virtudes que mayormente enaltecen al hombre y le redimen de los pecados que emponzoñan su corazón es la solidaridad con sus semejantes. En momentos de grandes apuros, cuando el azar o una mano enemiga hiere con el arma de la desventura a un hermano nuestro, o a un pueblo con el cual nos sentimos liga-

dos por lazos raciales o afinidad de ideas, nos sentimos identificados con su mala suerte, como si el daño a él inferido lo fuera a nuestra propia carne. Y es entonces cuando se producen esos sentimientos de solidaridad que nos dignifican y nos hacen acreedores de aquella nobleza humana de que tanto nos vanagloriamos. Es entonces cuando nos comportamos como verdaderos hombres según la ética universal contenida en los preceptos cristianos.

En la vida peninsular se ha producido recientemente una conmoción sentimental de este tipo. Con motivo de la tragedia de Ribadelago todo el cuerpo español reaccionó manifestando su condolencia por las víctimas de aquel desastre. De todas partes surgieron ofrecimientos de ayuda, convoyes de socorro y suscripciones destinadas a aliviar en lo posible la triste situación en que quedaron los supervivientes de aquel desventurado pueblo. La solidaridad manifestada con hechos tangibles corroboró una vez más como no es un mito la hermandad entre los hombres.

Igual como ocurrió con lo de Valencia anteriormente, y como ha ocurrido siempre que un fasto desgraciado ha sumido en el dolor una parte del cuerpo social.

Si, a pesar de las claudicaciones, de los desvíos y de los colapsos temporales que experimenta el corazón humano, la solidaridad es un hecho indiscutible, e indestructible, y gracias a ello podemos mantener la esperanza en un futuro de paz sobre la tierra.

Pero nuestra actitud a este respecto no ha de limitarse a una confianza platónica. Existe un refrán que dice «A Dios rogando y con el mazo dando», y otro «Obras son amores, y no buenas razones». Por lo tanto, la mejor manera de fomentar la solidaridad,

Sintonia

Camino del mar

Podría casi asegurarse que bastantes de los que vieron levantar, días atrás, aquel andamio alrededor de la columna anunciadora de la Rambla, como anuncio de alguna tarea a realizar, se dijeron para sí mismo: «esta columna va a levantar el vuelo; ya no afeará más, con sus pegotes multicolores, esta vía urbana tan bonita y tan concurrida.»

Pronto quedó, sin embargo, la cosa claramente definida. La columna no levantaba el vuelo. Solamente iba a correr unos cuantos pasos en dirección hacia el mar y quedar fijada frente a un establecimiento bancario, después de dejar libre de su presencia a otro de la misma naturaleza.

En una obra teatral francesa hay el caso parecido de «algo» que fué recorriendo, como la columna mencionada, toda una calle muy concurrida, hasta llegar a su desaparición. El por qué de aquel recorrido no tiene ninguna semejanza con el recorrido éste que se ha iniciado en nuestra Rambla. Alguien dice que éstas columnas «hacen ciudad» pero contemplándolas, uno no puede menos de convenir que lo que hacen es feo.

Por esto quizá sería un alivio que dentro poco a esta columna le entraran deseos de estacionarse frente al otro Banco establecido en el Paseo del Mar y de allí de cabeza al agua.

Aunque con ello la Rambla perdiera este adorno que dice viste mucho de ciudad. Que muy bien la visten los otros adornos como son los árboles, farolas y parasoles, en verano.

ya que de ella, hoy, tratamos, es practicarla siempre y en todos los órdenes. No tan sólo en los casos de extrema gravedad catastrófica, desprendiéndonos de unas monedas. Sinó también en los trances de penuria moral, prestando aliento y consuelo al hermano agobiado por la desventura.

La solidaridad tiene muchas facetas y hay que practicarla en todos los sentidos.

Xavier